

Adam Mickiewicz

LIBROS DE LA NACION POLACA DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA EL MARTIRIO DE LA NACION POLACA

Trad. de O. Biberstein

Por la riqueza y agilidad del idioma poético con que la dotó y la intensidad de Inspiración de que, por la primera vez, se la imbuyó, Adam Mickiewicz (1798-1855) es considerado con justicia como el creador y uno de los más destacados representantes de la "gran" poesía polaca, surgida del romanticismo. Las persecuciones (de las que fue víctima) dirigidas por la policía zarista contra los estudiantes polacos de Wilna y, más tarde, el trágico fracaso de la insurrección polaca de 1830-31 (por cuya causa, aunque no había tomado parte en ella, se expatrió), le hicieron abandonar los temas wertherianos y byronianos de sus primeros poemas, para transformar el ardor patriótico en el resorte mismo de la poesía. Así, Mickiewicz fue, cronológicamente, el primero de los grandes "poetas-profetas" (la palabra latina vates, cuyo equivalente polaco es wieszcz, significa las dos cosas a la vez) que quisieron ser, para con la nación-mártir polaca, lo que en otro tiempo fueron un Isaías, un Jeremías, un Ezequiel, para con Israel.

Las páginas que siguen son la traducción de la primera parte de una obra, en prosa bíblica, titulada Libros de la nación y de la peregrinación polacas, publicada en París, en 1832 (Las palabras de un creyente, de Lamennais, análogas de tono, no aparecerían hasta 1834).

Esta obra es característica de una ideología destinada a gozar de gran boga en la emigración polaca, y aún más tarde, bajo el nombre de mesianismo. Estimo, sin embargo, que da una idea incompleta del carácter mismo de Mickiewicz, que debe completarse con el conocimiento de lo que en él había de liberalismo profundo, de cálida generosidad humana y de un delicado sentido del humor, que testimonia, por ejemplo, la gran epopeya nacional y rural Pan Tadeusz, publicada en 1834, pero comenzada en ese mismo año de 1832.

La traducción directa, es sobre la edición de las "Obras Poéticas" de Mickiewicz, del Comité Mickiewicziano en Nowogródek en 1934.

O. Biberstein

Al principio había fe en un solo Dios, y había libertad en el mundo. Y no había leyes, sólo la voluntad de Dios, y no había amos y siervos, sólo patriarcas y sus hijos.

Mas después las gentes renegaron del Dios único y fabricáronse ídolos y prosternáronse ante ellos e inmolaban en su honor víctimas cruentas y guerreaban en honor de sus ídolos.

Por ello, Dios trajo sobre los idólatras el mayor castigo, esto es, la servidumbre. Y la mitad de las gentes fue sierva de la otra mitad, aunque todos descendían de un solo Padre. Pues renegaron de esa descendencia e inventáronse padres distintos; uno dijo que descendía de la tierra y otro del mar y otros de otros.

Y cuando, guerreando así, unos imponían la servidumbre a los otros, cayeron todos juntos en la servidumbre del emperador romano.

El emperador romano llamóse dios a sí mismo y proclamó que no había en el mundo más ley que su voluntad; lo que él aprobaba se llamaría virtud y lo que él reprobaba se llamaría crimen.

Y encontráronse filósofos que probaran que actuando así el emperador, actuaba bien.

Y no tenía el emperador romano, ni bajo sí, ni encima de sí, nada que respetara.

Y toda la tierra fue sierva, y no hubo servidumbre tal nunca en el mundo ni antes ni después, excepto en Rusia en nuestros días.

Pues entre los turcos debe el Sultán respetar la ley de Mahoma, y no puede interpretarla él mismo, sino que hay para eso sacerdotes turcos.

Mas en Rusia el emperador es el jefe de la fe y en lo que él manda creer, se ha de creer.

Y fue al arreciar la servidumbre en el mundo cuando se dió su solsticio; así como la noche del solsticio es la más larga y la más oscura, así fue el solsticio de la servidumbre en el tiempo de la servidumbre romana.

En aquel tiempo vino a la tierra el hijo de Dios, Jesucristo, enseñando a las gentes que todos son hermanos carnales, hijos del Dios único.

Y que es mayor entre las gentes quien les sirva y quien se sacrifique para su bien. Y cuanto mejor, tanto más debe sacrificarse. Y siendo Cristo el mejor, debía sacrificar por ellos su sangre en el martirio más doloroso.

Enseñaba, pues, Cristo, que no es respetada en la tierra ni la sabiduría humana, ni el oficio, ni la riqueza, ni la corona, sino que sólo es respetado el sacrificio en bien de las gentes.

Y el que se sacrifique por los otros, hallará sabiduría y riqueza y corona en la tierra, en el cielo y en todo lugar.

Mas el que sacrifique a los otros para sí mismo, a fin de tener sabiduría y oficio y riqueza, hallará necesidad y miseria y condenación en la tierra, en el infierno y en todo lugar.

Y dijo por fin Cristo: —El que me siga, será salvado, pues YO SOY LA VERDAD Y LA JUSTICIA.

Y, al enseñar así Cristo, amedrentáronse los jueces que juzgaban en nombre del emperador romano; y dijeron: —Habíamos expulsado la justicia de la tierra y se aquí que vuelve; matémosla y sepultémosla en la tierra.

Martirizaron, pues, el más santo y más inocente de los hombres, depositáronlo en la tumba y exclamaron: —Ya no hay justicia ni verdad en la tierra, pues ¡quién se levantara ahora contra el emperador romano!

Mas exclamaron neciamente, pues no sabían que, al cometer el mayor de los crímenes, ya habían colmado la medida de sus injurias; y acabóse su poderío cuando más se alegraban.

Pues resurgió Cristo y, expulsados los emperadores, plantó su cruz en su capital; y entonces los amos libertaron sus siervos y reconocieron hermanos en ellos y los reyes ungidos en nombre de Dios reconocieron la ley de Dios por encima de sí, y volvió la justicia sobre la tierra.

Y todas las naciones que creyeron, ya fuesen alemanes, italianos, franceses o polacos, considerábanse como nación única, y llamóse esta nación cristiandad.

Y los reyes de diversas naciones considerábanse como hermanos y marchaban bajo el sólo signo de la cruz.

Y quien era hombre de caballería, iba a guerrear contra paganos en Asia, para defender a los cristianos asiáticos y reconquistar la tumba del Salvador.

Y llamábase a aquella guerra en Asia guerra de la cruz.

Y aunque no guerreaban los cristianos ni por gloria, ni por conquistar tierras, ni por riquezas, sino por la liberación de la tierra santa, sin embargo Dios los recompensó por esta guerra con gloria, tierras y riquezas y sabiduría. Y esclarecíase Europa y organizábase y enriquecíase. Y recompensóla Dios por haberse sacrificado por el bien de los otros.

E iba difundiéndose la libertad por Europa, despacio pero continuada y ordenadamente; de los reyes iba la libertad a los grandes señores, y siendo libres éstos, vertían la libertad a la nobleza, y de los nobles iba la libertad a las ciudades, y pronto había de descender al pueblo y había de ser libre toda la cristiandad, y todos los cristianos, como hermanos, iguales entre sí.

Mas los reyes lo corrompieron todo.

Pues tornáronse malvados los reyes y Satanás entró en ellos y dijeron en sus corazones: —He aquí que las naciones están alcanzando la razón y la abundancia y viven honestamente y no podemos castigarlas y las espadas están herrumbrándose en nuestras manos y las naciones están alcanzando la libertad y nuestro dominio se está debilitando y, cuando maduren y sean libres del todo, vendrá a cesar nuestro dominio.

Y pensando así los reyes, pensaban neciamente, pues, al ser los reyes padres de las naciones, las naciones, como hijos, al llegar a la edad adulta, se liberan de férula y tutela.

Y, sin embargo, si los padres son buenos, los hijos adultos y libres del todo no reniegan de sus padres, sino que los respetan y aman aún más en su edad senil.

Mas quisieron ser los reyes como padres salvajes, moradores de selvas, que unen sus hijos a las carretas como bestias y véndenlos a mercaderes como esclavos.

Dijeron, pues, los reyes: —Tratemos de que siempre sean necias las naciones; así, no reconocerán sus fuerzas; y que se querellen unas con otras y así no se unirán contra nosotros.

Apostrofaron entonces a los hombres de caballería: —¡A qué habéis de ir a

tierra santa! Lejos está. Mejor, combatid unos contra otros—. Y probaban los filósofos en seguida que es necio guerrear por la fe.

Entonces los reyes renegaron de Cristo y se fabricaron nuevos dioses, ídolos, y alzaronlos ante el haz de las naciones y mandaron prosternarse ante ellos y luchar por ellos.

Así, hicieron los reyes un ídolo para los franceses y llamáronlo *honor*, y fue el mismo ídolo que en los tiempos paganos llamábase becerro de oro.

Mas a los españoles les hizo el rey un ídolo al que llamó *preponderancia política* o *influencia política*, o sea, poderío y mando, y fue el mismo ídolo que adoraban los asirios bajo nombre de Baal y los filisteos bajo nombre de Dagón y los romanos bajo nombre de Júpiter.

Mas a los ingleses les hizo el rey un ídolo al que llamó *dominio de mares* y *comercio* y fue el mismo ídolo que llamábase antes Mamón.

Mas a los alemanes hicieron un ídolo que llamábase *Brodsinn* o *Bienestar* y fue el mismo ídolo que llamábase antes Moloch o Como.

Y prosternábanse los pueblos ante sus ídolos. Y dijo el rey a los franceses: Levantaos y luchad por el honor.

Levantáronse, pues, y lucharon quinientos años. Y otras naciones también lucharon, cada una por su ídolo.

Y olvidaron las naciones que descendían de un solo Padre, y dijo el inglés:

Mi padre es la *nave* y mi madre es el *vapor*. Mas el francés dijo:

—Mi padre es el *continente* y mi madre es la *lonja*—. Y dijo el alemán: —Mi padre es el *taller* y mi madre es la *taberna*.

Y las mismas gentes que decían que es necio luchar por la fe contra los paganos, aquellas mismas gentes luchaban por un pedazo de papel llamado tratado, luchaban por un puerto, por una ciudad, como campesinos que, con estacas, pelean por los límites de una tierra, que no poseen y que poseen sus amos.

Y las mismas gentes que decían que es necio ir a países lejanos en defensa de los prójimos, aquellas mismas gentes cruzaban los mares por orden de los reyes y peleaban por una factoría, un saco de algodón o un saco de pimienta. Y vendíanlos los reyes por dinero a países transmarinos.

Y tanto corrompiáanse las naciones, que entre los alemanes e italianos, franceses y españoles, sólo se encontró un hombre cristiano, sabio y caballero. Fue oriundo de Génova.

Exhortaba que se cesara de guerrear en casa y que, mejor, se recobrarla la tumba del Señor y Asia, convertida en estepa, y que podía llegar a ser un país poblado y bello en manos cristianas. Mas todos riéronse de aquel genovés y dijeron: —Sueña y es necio.

Luego aquel hombre se fue sólo a la guerra, mas, siendo solo y pobre, quería antes descubrir los países donde nace el oro y, sacadas de allí las riquezas, contratar un ejército y recobrar la tierra santa. Mas, oyéndole, todos gritaron: —Loco es.

Mas Dios veía sus buenas intenciones, y lo bendijo, y aquel hombre descubrió América, la cual llegó a ser la tierra de la libertad, tierra santa. Llamábase aquel hombre Cristóbal Colón y fue el último caballero cruzado en Europa y el último en emprender una expedición en el nombre de Dios y no para sí mismo.

Mas en Europa, entre tanto, multiplicábase la idolatría. Y así como entre los paganos adorábanse primero diversas virtudes en forma de ídolos, después diversos crí-

menes y luego hombres y bestias y luego árboles, piedras y diversas figuras trazadas, asimismo sucedió en Europa.

Pues los italianos inventáronse una diosa-ídolo, la cual llamaron *Equilibrio político*. Aquel ídolo no lo habían conocido los paganos antiguos y primero los italianos introdujeron en su país su culto; y, al luchar por él, debilitáronse, entonteciéronse y cayeron en manos de tiranos.

Entonces, al ver los reyes de Europa cómo el culto de aquella diosa *Equilibrio* había enervado a la nación italiana, pronto importáronla a sus estados y propagaron su culto y mandaron luchar por ella.

Mas el rey prusiano trazó un círculo y dijo: —He aquí un nuevo dios—. Y prosternábanse ante aquel círculo y llamábase ese culto: el redondeo político.

Y ordenóse considerar a las naciones, creadas a la imagen de Dios, como piedras y bloques, y cortarlas, para que pesasen tanto las unas como las otras. Y ordenóse considerar al estado, a la patria, a las gentes como las monedas que se cortan para redondearlas.

Y encontráronse filósofos que alabaran todo lo que los reyes habían inventado.

Y entre aquellos falsos sabios, sacerdotes de Baal, Moloch y *Equilibrio*, dos hubo más célebres.

El primero llamábase *Maquiavelo*, lo que, del griego, quiere decir *deseoso de la guerra*; pues su doctrina conducía a guerras continuas tal como las hubo entre los griegos paganos.

El segundo está aún en vida y llámase *Ancillón* (1), lo que, del latín quiere decir *bijo de la sierva*, pues su doctrina conduce a la servidumbre, como era entre los latinos.

Finalmente, hubo, en la Europa idólatra, tres reyes: el nombre del primero, *Federico* segundo prusiano; el nombre del segundo, *Catalina* segunda rusa; el nombre del tercero, *María Teresa* austriaca.

Y era aquélla una trinidad satánica, contraria a la trinidad divina y era en cierto modo la irrisión y el remedo de todo lo que es santo.

Federico, cuyo nombre quiere decir *amigo de la paz*, inventaba la guerra y los bandidajes durante toda su vida, y era como un satán, que, respirando perpetuamente la guerra, por irrisión, se hubiera llamado Cristo, Dios de la paz.

Y aquel *Federico*, por irrisión de las antiguas órdenes de caballería estableció una orden impía, a la que, por irrisión, dio el lema *suum cuique*, o sea, devuelve a cada uno lo que es suyo: y llevaban la insignia de esa orden servidores suyos, quienes robaban y saqueaban el bien ajeno.

Y aquel *Federico*, por irrisión de la sabiduría, escribió un libro, al que llamó *Anti-Maquiavelo*, o sea, adversario de *Maquiavelo*, mas él mismo actuaba según la doctrina de *Maquiavelo*.

Mas *Catalina* quiere decir en griego *casta*, empero, era la más perversa de las mujeres, como *Venus* impúdica que se llamara virgen casta.

Y aquella *Catalina* reunió un Consejo para el establecimiento de las leyes a fin de burlarse de la legislación, pues derribó y aniquiló los derechos de sus prójimos.

Y aquella *Catalina* proclamó que defendía la libertad de conciencia, o sea,

(1) *Federico Ancillón* (1767-1837), estadista prusiano; en 1832, Ministro de Asuntos Exteriores; era partidario de la política de Metternich.

la tolerancia, a fin de burlarse de la libertad de conciencia, pues obligó a varios millones de prójimos a cambiar de fe.

Mas *María Teresa* llevaba el nombre de la muy humilde e inmaculada Madre del Salvador, a fin de burlarse de la humildad y de la santidad.

Pues era una diabla orgullosa y hacía guerra para conquistar países ajenos.

Y era impía, pues, al rezar y confesarse, impuso la servidumbre a varios millones de prójimos.

Mas tenía un hijo, José, quien llevaba el nombre del Patriarca, el cual Patriarca no se dejó seducir por la esposa de Putifar y libertó de la servidumbre a sus hermanos, que lo habían vendido para siervo.

Empero, aquel José austríaco incitó a su propia madre al mal e impuso la servidumbre a sus hermanos polacos, que habían defendido su imperio de la servidumbre turca.

Los nombres de esos tres reyes, *Federico*, *Catalina*, y *María Teresa*, fueron tres blasfemias y sus vidas tres crímenes y su memoria tres maldiciones.

Viendo, pues, esa trinidad que aún no eran asaz necias y corruptas las naciones, fabricó un nuevo ídolo, el más abominable de todos, y llamóle a ese ídolo *Interés*. No había sido conocido este ídolo entre los antiguos paganos.

Y tanto se corrompían las naciones, que entre ellas encontróse sólo un hombre, ciudadano y soldado.

Exhortaba que se cesara de guerrear por *Interés* y que, mejor, se defendiera la libertad de los prójimos; y se fue sólo a la guerra, a la tierra de la libertad, a América. Llámase este hombre Lafayette. Y él es el último de los antiguos hombres europeos en que aún perdura el espíritu de sacrificio, un resto del espíritu cristiano.

Entre tanto, prosternábanse ante *Interés* todas las naciones. Y dijeron los reyes: Si difundimos el culto de este ídolo, entonces, así como luchan nación contra nación, asimismo lucharán después ciudad contra ciudad, y después hombre contra hombre.

Y volveránse de nuevo salvajes las gentes y tendremos nosotros de nuevo tanto poderío como habían tenido antaño reyes salvajes, idólatras, y tanto como ahora tienen reyes negros y reyes caníbales, que pueden devorar a sus súbditos.

Mas, la única, la nación polaca no se prosternaba ante el nuevo ídolo y no tenía en su lengua palabra para nombrarlo en polaco, ni tampoco para nombrar a los adoradores suyos, a quienes, del francés, se les llamó *egoístas*.

La nación polaca adoraba a Dios sabiendo que, quien adora a Dios, honra todo lo que es bueno.

Fue, pues, la nación polaca, del principio al fin, fiel al Dios de sus mayores.

Sus reyes y sus hombres de caballería nunca acometieron a ninguna nación fiel, sino que defendían la cristiandad de los paganos y bárbaros esclavizadores.

E iban los reyes polacos en defensa de los cristianos a lejanos países. El rey Ladislao a Varna, y el rey Juan a Viena, en defensa de Oriente y Occidente.

Mas nunca los reyes ni los hombres de caballería tomaban por la violencia las tierras vecinas, sino que acogían en su hermandad a otras naciones, ligándolas consigo por el beneficio de la fe y de la libertad.

Y recompensóles Dios, pues una gran nación, Lituania, unióse con Polonia como esposo a esposa, dos almas en un cuerpo. Y nunca antes había habido unión tal de naciones. Pero, ya, las habrá.

Pues tal unión y desposorio de Lituania con Polonia es figura de la unión venidera de todos los pueblos cristianos en nombre de la fe y de la libertad.

Y Dios dio a los reyes y a los caballeros polacos la libertad, y llamábanse todos hermanos, los más ricos y los más pobres. Y nunca antes había habido tal libertad. Pero, ya, la habrá.

El rey y los hombres de caballería acogían en su hermandad más gente cada vez, acogían regimientos enteros y generaciones enteras. Y llegó a ser el número de los hermanos tan amplio como una nación, y en ninguna nación había tanta gente libre, y llamándose hermanos como en Polonia.

Finalmente, el rey y los caballeros intentaron, el día tercero de mayo, hacer hermanos a todos los polacos, primero a los de las ciudades, luego a los campesinos.

Y llamábanse los hermanos *szlachta* [nobleza], puesto que se ennoblecían, esto es, hermanábanse con los *lachy* [el pueblo] gentes libres e iguales.

Y querían llegar a que todo cristiano, en Polonia, se ennobleciera y llamárase noble, símbolo de que debía tener alma noble y estar siempre presto a morir por la libertad.

Tal como antaño llamábase cristiano todo el que aceptaba el Evangelio, en símbolo de estar presto a derramar su sangre por Cristo.

Por esto, la nobleza debía ser bautismo de libertad, y todo el que hubiera estado presto a morir por la libertad habría sido bautizado por la ley y la espada.

Y dijo por fin Polonia: —Quien quiera que venga a mí, será libre e igual, pues yo soy la Libertad.

Mas, en oyéndolo, los reyes amedrentáronse en sus corazones y dijeron:—Hábíamos expulsado la Libertad de la tierra y he aquí que vuelve bajo la forma de una nación justa, que no se prosterna ante nuestros ídolos. Ea, matemos esta nación—. Y entre sí urdieron traición.

Y el rey prusiano vino y besó a la nación polaca y saludóla diciendo: —¡Oh, aliado mío!—; cuando ya la había vendido por treinta ciudades de Gran Polonia, como Judas por treinta siclos.

Y otros dos reyes precipitáronse y ataron a la nación polaca. Mas Galo juzgaba y dijo: —En verdad, no hallo culpa en esta nación y mi esposa Francia, mujer medrosa, se ve atormentada por malos sueños; empero, tomad a esa nación y martirizadla. Y lavóse las manos.

Y dijo el gobernante francés: —No podemos rescatar a este inocente ni con sangre nuestra ni con dinero, pues la sangre mía y el dinero mío pertenecen a mí y la sangre y el dinero de mi nación, pertenecen a mi nación.

Acababa de proferir aquel gobernante la última blasfemia contra Cristo, pues Cristo enseñaba que la sangre del hijo del hombre pertenece a todos los hermanos hombres.

Y cuando hubo proferido el gobernante aquellas palabras, cayeron entonces las cruces de las torres de la impía capital, pues el signo de Cristo ya no podía alumbrar a un pueblo adorador del ídolo *Interés*.

Y llamábase aquel gobernante Kazimir Périer, con nombre eslavo y apellido romano. Su nombre significa el que corrompe [*kazi*] o destruye la paz [*mir*] y su apellido deriva de la palabra *perire* o *périr* [perecer] y significa hijo de la perdición. Y aquel nombre y aquel apellido son anticristicos. Y serán igualmente malditos en la estirpe eslava y en la estirpe romana.

Y había desgarrado ese hombre la alianza de los pueblos, como aquel sacerdote judío había desgarrado sus vestiduras al oír la voz de Cristo.

Y martirizaron a la nación polaca y depositáronla en la tumba y los reyes exclamaron: —Hemos matado y sepultado a la Libertad.

Mas exclamaron neciamente, pues, al cometer el peor crimen, habían colmado la medida de sus injurias y, cuando más se alegraban, acabábase su poderío.

Pues no murió la nación polaca; su cuerpo yace en la tumba, mas su alma descendió desde la tierra, esto es de la vida pública, al bátrato, esto es la vida doméstica de los pueblos sufridores de servidumbre, en su país y fuera de su país; y descendió a fin de ver los sufrimientos de éstos.

Mas el tercer día volverá el alma al cuerpo y resurgirá la nación y libertará de la servidumbre a todos los pueblos de Europa.

Y ya son pasados dos días: el primer día se puso con la primera captura de Varsovia y el segundo día se puso con la segunda captura de Varsovia, mas el tercer día se levantará y no se pondrá nunca.

Y así como, tras la resurrección de Cristo, cesaron en toda la tierra los sacrificios cruentos, así, tras la resurrección de la nación polaca, cesarán las guerras en la cristiandad.